

BRAZATO, FIN DE CURSO

José Miguel Berasategui

*No es más quien mayor altura alcanza,
sino aquel que influido por la belleza circun-
dante, más intensamente siente.*

Maurice Herzog



Este es el relato intrascendente y sin pretensiones de una excursión realizada con esquís, el pasado marzo de 1984, por la zona de Brazato-Panticosa, como travesía fin de curso, organizada por la sección guipuzcoana de la Federación Vasca de Alta Montaña.

La belleza del escenario y los gratos recuerdos de aquel día, primero en que salí con las tablas fuera de pistas, han sido la razón y causa de este artículo, mezcla heterogénea donde se toca no tanto la descripción técnica del recorrido, sino las emociones y sentimientos que me dominaron.

¿Que, por qué escribo? Tal vez para animar a todos esos que, a lo mejor porque no encuentran el momento o porque no saben cómo organizarse, quieren pero no pueden conocer y amar en toda su extensión esa montaña invernal. Quizás, sólo por el placer de contar esas pequeñas e íntimas sensaciones.

A los montañeros que quieran esquiar, y a los esquiadores que quieran salirse de la rutina, yo les diría que venzan la pereza, que se animen a salir, a surcar la nieve, a fundirse con ella, a disfrutar, en una palabra, de todo el perfumado encanto que encierra abrir huella en ese manto húmedo y maravilloso que, sin ninguna duda, tiene la virtud de borrar todas las cicatrices y embellecer los quebrados perfiles de cualquier rincón de nuestro Pirineo.

¡Bueno... que mañana nadie se olvide las pieles eh! Es Iñigo quien está hablando. El grupo, sentado, medio desparramado en una sala del Ayuntamiento de Panticosa ha visto en silencio una película sobre la ascensión al Toubkal, y el accidentado des-

censo de uno de los expedicionarios. La nieve está dura, ya sabes... un giro mal hecho, los cantos que no agarran, que te vas, adiós. ¿Estos qué? ¿Nos quieren meter miedo para mañana? ¿No dicen que la excursión es de lo mejor? Entonces, ¿en qué quedamos?

Yo no sé para qué me meto en estos líos. Con lo a gusto que estoy en casa. Pero no es eso. Tienes que salir. A pasar frío. Hoy estamos a siete bajo cero y son las nueve de la noche. Mañana, ¿qué hará?

Es que, ¿sabes qué pasa? Empiezas con el rollo del esquí, que si la cuña, que si he bajado por aquí, que si no me caigo, que si el paralelo, y para cuando te das cuenta, resulta que la estación no te dice nada. Te la conoces, no es que seas un bala, pero... los altavoces, la gente que te pasa, la gente que pasas, aquello no es monte, aquello está superpoblado. Y además, luego, las colas. Hay veces que te tiras hasta veinte minutos esperando, sobre todo los domingos, y eso no es plan. Estás más tiempo esperando en la cola que esquiando. ¡Ah!, vete a los Alpes y verás, te dicen. No, no es eso, hay que andar por aquí. Eso sí, como te caigas, tienes que poner las tablas en aspa y te sacan seguro, seguro.

Y entonces un jueves aparece un artículo sobre el esquí de montaña. Ya me gustaría, pero no tengo equipo. ¡Cómpratelo! Pero si ya tengo otro, y además resulta muy caro. ¡Cómpratelo! Pero para qué lo quiero, si además dicen que eso es muy peligroso, que te coge una avalancha y no lo cuentas, que se ha matado mucha gente. ¡Cómpratelo! ¡Y si lo traigo de Francia, a lo mejor me sale más barato! Oye, ¿cómo son de largas

las tablas? ¿Sabes qué te digo? Como las Köflach no hay. ¡Bah! tú no tienes ni idea. Mira, yo te hago esta factura para que se la enseñes al gendarme, y esta otra para el visita, si te dicen que a ver de dónde son esas tablas. Todo lo más, te van a cobrar mil pelas...

Preguntas y más preguntas. El diálogo es fluido y cuando no contesta Texus, es Pepino el que nos cuenta sus aventuras. Da pena salir de allí, pero hay que irse a dormir, que mañana nos tenemos que levantar a las siete.

Qué frío hace...

Hoy hemos dormido mejor que la otra vez. Es que a mí no me pongas en un jergón blando. Salgo molido. Para eso prefiero estar en el suelo. Yo soy fatal. No sabes lo que me cuesta espabilarme. Patxi parece que lleva dos horas levantado. Y encima este frío. Y eso que estamos bajo techo, que si nos coge al raso...

¡Voy a poner las pieles ya mismo. Mejor que arriba, con el frío que hará!, farfulla Alfonso embutido en su anorak azul. Y me dejo convencer. Lo que ahora resulta fácil allí, a la intemperie, con las manos endurecidas por la helada, se convierte en tarea casi de especialistas. Sin uñas, con los dedos entumecidos, hay que aguantarse el dolor para desencolar las pieles y colocarlas en su sitio, no al buen tuntún. Las pones mal, y luego andas las seis horas de la travesía jurando en hebreo. Pasa como con los crampones. Si no los aprietas como es debido, te toca un paso inclinado, se te sueltan en medio y la has hecho. Montas un circo que para qué.

Cara N. del Piniecho. En la última pala soleada es donde dejaríamos los esquís.



Fotos del autor.

Todo listo. Las tablas con sus pieles y las botas puestas, para que se calienten en el trayecto. La subida al balneario parece otra. Menuda diferencia de cuando anduvimos aquí en verano. Normalmente no anda mucha gente, pero es que ahora no hay ni alma. Patxi conduce con precaución por la tortuosa carretera, siguiendo la línea gris de asfalto. Abajo, en la barranca, el río ruga como un toro encajonado. Hay nieve en la calzada, y dirigir el Simca es todo un ejercicio de precisión que, Alfonso, Pablo y yo seguimos con distraída atención acurrucados en nuestros asientos.

¡Qué subida! Aquí ganó Marino una contrareloj, la Vuelta el año pasado. Hay que subir hasta aquí. En coche vas, pero... en bici. Eso debe ser sufrir. Hemos pasado a los de Eibar. No sé si es que se han quedado a poner cadenas o qué. Esos sí que andan. Dirán que no tienen técnica, pero andar... como una moto.

Panticosa. Balneario. Hoteles grandes, blancos, cerrados, las persianas atrancadas. Frío, silencio, sólo el ruido de algún motor. Casa Belio. Qué distinto del verano. La nieve lo cubre todo, prácticamente hasta la carretera. Se conoce que pasa algún quitanieves.

Qué agradable es ese sabor de la aventura, de lo nuevo, de lo que haces por primera vez. Es como una mezcla de temor y de satisfacción que, al tiempo que te atrae con fuerza, te deja nervioso, inseguro, dudoso. Cuando hay que empezar querrías haberlo hecho y, al final, te da pena ver que aquello se acaba.

¡Preparados, listos, ya!

Poco a poco el grupo se prepara para salir. Se ajustan las mochilas, el último vistazo



La esclavitud — ¿o libertad? — de seguir la huella se ve compensada por la visión de nuestro objetivo. Al fondo el pico Piniecho (2.700 m).

al material para ver si va todo: la comida, agua, es preciso cargar incluso con el piolet y los crampones, por si acaso.

¡Eh, oye, vamos a ir saliendo que si nos quedamos los últimos tendremos que chupar rueda!, dice Patxi poniéndome bruscamente intranquilo. Sí, sí, hay que salir, que son casi mil metros de desnivel.

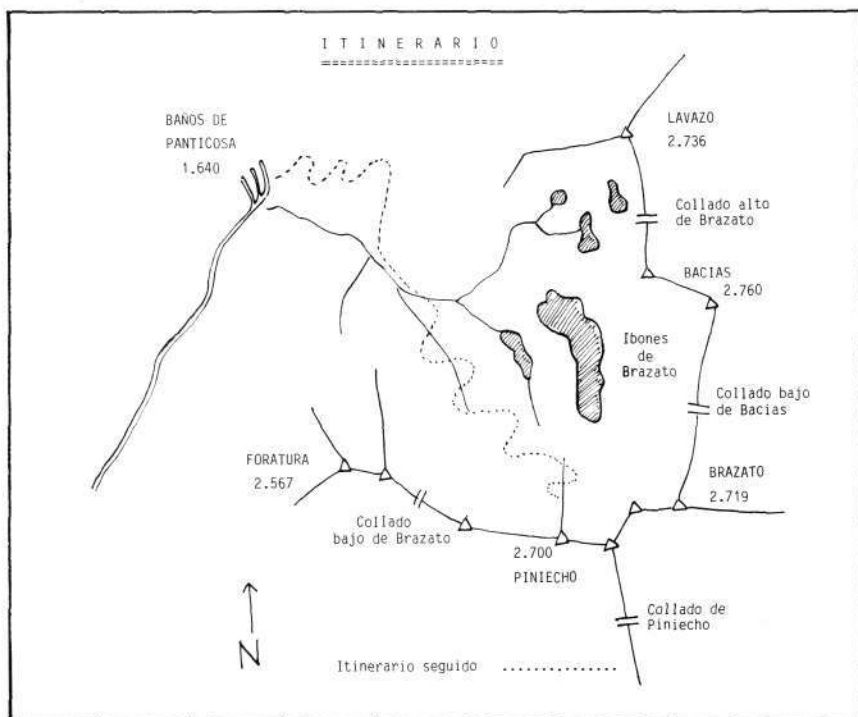
No somos los primeros. Delante de nosotros ya han empezado a subir los más nerviosos. No me extraña que los monitores se enfaden. Nadie ha dicho nada y ya hemos empezado a andar. Y es que ya tienes ganas de empezar, a sentir que el cuerpo coge un ritmo, de que respiras, en fin, de que estás subiendo.

Entramos en el mundo de la nieve. No hay escalera, es una rampa inmaculadamente blanca. Sólo el surco de los que nos preceden. El paseo culebrea entre el bosque y poco a poco nos va elevando. Es maravilloso contemplar al otro lado del valle las cumbres repletas de nieve de Garmo Negro y Argualas. Incluso diría que las sientes cerca, casi te podrías colocar en ellas de un salto.

¡Apoya toda la planta del pie, que si no te vas a agotar! Txelu me grita con razón, porque es cosa de piernas no de brazos. Hace unos minutos hemos dejado la linde superior del bosque y la pendiente se ha inclinado ásperamente. Sobre todo en los giros es cuando noto la falta de técnica, cuando hay que abrirse bien de piernas para dar la vuelta-maría. Pasa con todo al empezar. Te cuesta aprender, pero, ¿a que eso les pasa a todos?... y a mí más. Alfonso y Patxi están un poco delante de mí, mientras que Pablo hace tiempo que se ha ido.

Las fotos. Siempre son excusa para tomarte un respiro. Esto lo aprendí hace mucho tiempo. ¡Qué gozada! Me he quedado solo, y de pronto, así, sin darme siquiera cuenta, he empezado a reír. Fantástico. Cuando estás como íntimamente unido a ese entorno que te circunda. Da la impresión de que, aunque sigues la huella del compañero, estás abriendo camino. Qué distinto es ir por esos caminos de vacas, aborregado, rodeado de garrafones. ¡La soledad!

Dice Iñigo que aquí suelen subir helicópteros a dejar clientes que luego se pegan la gran bajada por nieve virgen. ¡Qué te voy a decir... si no hay otro remedio! Sigo solo. Hace calor. Fuera gorro y chaqueta.



Más dura será la caída

Subir, subir, una, otra, una, otra, una... las tablas van acompasadas... Llevo como una contabilidad haciendo que la marca de la tabla que adelante llegue justo justo a la espátula de la tabla de apoyo. Es matemático. Vas en grupo, pero en cualquier curva, en cualquier recodo del camino te quedas solo, a disfrutar infantilmente de ese trino, de esa brisa casi impalpable, de ese olor a pino, de ese suave calor en la espalda.

Alfonso y Patxi están parados. No sé qué le ha pasado a Patxi en las pieles pero se está quejando. Vengo tan fuerte que me pongo en cabeza, y seguimos los tres. Nos hemos debido de quedar solos porque no vemos ni oímos a nadie. El ritmo es continuo. Seguro que en seguida vemos a alguien. Efectivamente, en un pequeño resalte allí están Pablo y Pepino, sentados, esperándonos para comer algo. Son casi las once y media y es buena hora para picar. Salen los dátiles, higos, frutos secos, y las cantimploras de agua. Y sigue sin aparecer nadie. ¡Qué cosa más rara!

Pablo se está quedando helado. Ha llegado de los primeros y ha empezado a aburrirse. Quiere volver a andar. Yo también. Ajustado el equipo empezamos a superar la pendiente. Parece que al principio, con la tripa llena, cuesta coger el ritmo pero, en seguida coordinamos el paso. Pepino nos pasa como una bala, a coger altura, para ver si caza a alguien. La vista empieza a abarcar más. El día se mantiene claro, perfecto, y además de la cresta de Brazato, que casi se podía ver desde el principio de la excursión, comienza a asomar por la izquierda la mole oscura de Vignemale.

Un flanqueo y, de pronto, allí abajo aparece la parte del grupo que faltaba, casi atravesando el lago inferior de Brazato. Es impresionante verlo totalmente cubierto por la

nieve. Es como una superficie perfectamente plana, que cierra el curso inferior del valle. No quiero ni pensar lo que tiene que sentirse al atravesarlo con esquís.

¿Hay cima?

Merece la pena salir al monte un día así. Te sientes grande y pequeño a la vez. El sol brilla con más fuerza. La luz, el color sobre todo, los olores, se sienten más dentro, más intensos, como si tuvieran forma y dimensión. Las cumbres se recortan nítidamente contra un cielo azulado. ¿Por qué me gustará tanto la montaña?

¡Ya está bien! —suelta Iñigo, que viene en cabeza del otro grupo. ¡Hace media mañana que os andamos buscando! ¿No habíamos quedado en ir por el lago? Los guías no se ponen de acuerdo y mientras unos empiezan a almorzar, otros siguen hacia arriba con ganas de hacer cumbre. Aquello se convierte en un pequeño lío. Unos que para arriba, otros parados, unos que no hay tiempo, otros que sí. Un rosario de esquiadores se agarra como con cola a las últimas rampas esquiabiles.

Pepino y Garaiko están casi arriba, quitándose los esquís. A mí, cada vez me cuesta más, y en un recodo, junto a unas rocas, me quito las tablas para colocarme dificultosamente los crampones. Por debajo de mí la gente hace lo propio. Arriba nuevo cónclave. Unos que hay que subir, que sólo es la arista. Otros que ya no hay tiempo, y que es mejor empezar a bajar, que se están levantando las nubes y que se nos va a hacer tarde.

Al final son tres los que se animan a coronar, mientras los demás damos la espalda a la arista cimera y nos preparamos para la gozada. Bajar.

¿A que te quedarías?

Los primeros giros son los peores. Vas en frío e instintivamente te echas para atrás. Si a eso le sumas la inexperiencia pues... parece que te acabas de calzar los esquís. A pesar de eso, las cosas salen bien, y lo que a la subida parecía un tobogán, ahora, pues... se puede bajar.

Poco a poco el grupo se va juntando. Hacemos un pequeño flanqueo a media ladera y después de foquear aparecemos en el lugar donde hemos almorzado. Allí quien más quien menos ya se ha caído media docena de veces, pero la nieve está riquísima, así que da gusto. Txelu nos hace una demostración de cómo hay que bajar, claro, sin caerse, que para eso es de los monitores... y nuevamente en marcha.

El bosque te espera. Lo que a la subida ha sido una cuesta interminable, ahora se ha convertido en una pendiente corta, cortísima. Los giros salen solos, la nieve está suelta, profunda, y cada cual va a su aire. No seguimos el surco, sino que lo hacemos. Qué difícil se hace a veces girar con la nieve por encima de la bota. Lo más sencillo es dejarse caer, y otra vez a levantarse.

La bajada por el bosque es sensacional. A nuestro nivel, en nuestra pobre técnica, nos vemos como pequeños diosillos, aprovechando el impulso para enlazar una y otra vez los giros. Ha sido una bajada deliciosa, la primera, y como todas las primeras, la que mejor recuerdo deja, algo sencillo e imborrable a la vez.

Ya se ve el Balneario. Nos queda la pendiente más fuerte, que cada cual atacamos a nuestro antojo. Las fuerzas vienen justas, pero, ¿a que después de haber bajado lo anterior, todos nos vemos mejor? Ya no se respetan las filas, y aquello es una barahúnda. Los gritos se funden con el rumor de las torrenteras bajas. Qué pena. A la subida campo blanco y puro, ahora has quedado marcado por las trazas de nuestras tablas. Es el pequeño tributo que pagas, nieve, a nuestra ilusión. Pero tú eres más fuerte, infinitamente más poderosa. Volverá a nevar, y esa nieve borrará para siempre nuestro camino.

Llegar abajo es triste. Se acaba una jornada intensamente vivida. Me voy quedando de los últimos para despedirme. A mí me gusta hablar con los montes, les saludo, y me despido de ellos. Son casi las tres, y se nota que la luz es distinta. Hay una claridad más débil que afila aún más los perfiles de los hoteles.

Poco a poco voy llegando, no quisiera, y casi sin darme cuenta me he salido del sendero, para entrar por las proximidades de la capilla. De pie, todavía con las botas puestas, viendo a Patxi y a Pablo cambiándose de ropa en el coche, siento por todos los poros algo que me hace pensar... ¡Todos los días tenían que ser así!